

AGUSTÍN MILLARES CARLO: UNA BIOGRAFÍA EJEMPLAR

PEDRO ARROYAL ESPIGARES
Catedrático de Paleografía
Universidad de Málaga

Agradezco de todo corazón, y por encima de cualquier deber protocolario, al comité organizador de este Congreso la generosidad de invitarme para participar, supongo, en mi condición circunstancial de *Presidente de la Asociación española de profesores de Paleografía y Diplomática*, de la que forman parte hasta tres generaciones de especialistas en estas disciplinas, todas deudoras del inmenso legado del sabio maestro don Agustín Millares Carlo.

Ninguna otra razón justifica mi presencia en esta tribuna junto a tan eminentes maestros y especialistas en la vida y la obra del homenajeado. No esperen, por tanto, de mí ninguna aportación sustantiva, pues mis palabras no pretenden otra cosa que testimoniar públicamente, y en nombre de esas generaciones, la admiración y el respeto hacia la gigantesca figura humana e intelectual de don Agustín.

Una mañana granadina de octubre de hace más de 25 años, los alumnos de Paleografía esperábamos, no sin temor, la llegada de su profesor titular. Al instante, precedido de un bedel, su figura estilizada y señorial, interminable con aquel sombrero suyo característico y fuera de la moda al uso, hizo su entrada en el aula don Antonio Marín Ocete. Nos observó unos momentos y enseguida lanzó contra nosotros una advertencia previa de fuerte valor disuasorio: para superar la asignatura era preciso saber alemán, entre otros pequeños detalles.

Terminada la enumeración de cualidades que debía reunir un aspirante a paleógrafo, nos presentó al profesor adjunto, que había de encargarse de las clases prácticas, y se marchó. Éste, mi querido y llorado don Eladio Lapresa, compadecido de nosotros y advertido ya de muchos años de la perplejidad del alumnado en este día, con su gracejo granadino nos tranquilizó: no os preocupéis que no es tan fiero el león como lo pintan; lo que tenéis que hacer es muchas prácticas hasta leer con perfección las cartas del conde de Tedilla, escritas por el demonio, y sobre todo, aprenderos de memoria “el Millares”.

Escuchaba así, por vez primera, el nombre del ilustre polígrafo, brillantísimo estudiante, premio extraordinario de licenciatura y doctorado, catedrático del Ateneo, catedrático de Paleografía de las Universidades de Granada y Madrid, catedrático por agregación de Lengua y Literatura latinas en la Universidad Central, archivero-bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid, profesor e investigador en Centros y Universidades de Francia, Argentina, México, El Salvador y Venezuela, miembro correspondiente de la Real Academia Española, miembro numerario de la Real Academia de la Historia, miembro de la Hispanic Society de New York, doctor honoris causa de las Universidades del Zulia y La Laguna, hijo predilecto de Las Palmas...

Títulos y honores que son hitos de una intensa y extensa vida, llena de claroscuros, de luces y de sombras, de una vida vivida intensamente, con pasión, en la que no se sabe qué admirar más: si su enorme capacidad de trabajo, por la que nos ha transmitido miles y miles de páginas con sustanciales y definitivas aportaciones a la Paleografía, la Diplomática, la Archivística, la Bibliografía, la H.^a del libro, la Filología, la H.^a de la Literatura, o la Lengua y cultura clásica; si su capacidad para sembrar en otros la semilla de su ciencia, tan ampliamente atestiguada por quienes tuvieron la suerte de acceder a su magisterio directo; si la lección del entusiasmo que caldeaba su saber, junto a la humanidad generosa con que infundía vida a las humanidades, como testimonia Rafael Lapesa.

Yo desearía esta tarde que, por encima del científico, del profesor, nos acercáramos al hombre. Ese hombre sencillo por sabio y sabio por humilde, capaz de rehacer una y otra vez su vida, coherente hasta el sacrificio, dotado de un ímpetu y un entusiasmo excepcionales con los que supo hacer frente a circunstancias vitales difíciles, tanto por el tiempo histórico que le tocó vivir como por las vivencias personales por las que hubo de pasar. Un hombre de corazón grande, con el azul del mar de esta tierra en sus pupilas, a veces irónico, siempre cordial, extrovertido, gran amorador, según Jorge Guillén. Alto y blanco, caballero siempre, don Agustín se hacía querer de cuantos le rodeaban. Sin duda que desde muy pequeño aprendió la lección de Salustio de que no hay nada más opuesto a la condición humana que pasar la vida en silencio.

Una vida que se inició el 10 de agosto de hace 100 años en esta hermosa ciudad de Las Palmas, lo que es ya una ventaja, en la plaza de S. Bernardo. Es aquí donde hay que ir a buscar los fundamentos de la personalidad de don Agustín, como lo ha hecho con mano magistral su biógrafo, el doctor Moreiro. Repasemos, bien que someramente, algunas circunstancias económicas, políticas y culturales del archipiélago en esa época, que resultan determinantes en la vida y en la obra del ilustre maestro.

Desde su incorporación a la Corona de Castilla, la economía de las Islas Canarias ha sido cíclica y cada ciclo ha estado marcado por el predominio casi exclusivo de un solo cultivo. Cuando éste, por cualquier causa, ha quebrado, se ha sucedido una época de crisis, sólo superada al desarrollarse un nuevo cultivo. Así, la caña de azúcar no soportó la competencia antillana, al cultivo de la vid

le sobrevino el problema de la filoxera, a la cochinilla le afectó el descubrimiento de los tintes químicos, etc...

Por ello se buscan nuevos perfiles económicos para Canarias, destacando para la época que nos ocupa la concesión por la Corona, en 1852, de los Puertos Francos. Medida con la que se pretendía favorecer el comercio exterior y convertir al archipiélago en eje de los circuitos comerciales, dada la expansión europea en África. Sin embargo, el papel de la península en este proceso es moderado ante el potencial económico de Alemania, Francia, Bélgica y, sobre todo, Inglaterra, cuyo predominio es claro, especialmente a partir de 1870.

Ésta y otras medidas —como la supresión del derecho diferencial de bandera, que permitió el establecimiento de compañías navieras extranjeras—, internacionaliza Canarias. Esta situación, pues, propicia la llegada de extranjeros, muchos de los cuales se integran plenamente en la sociedad canaria. Es el caso de Juan Bautista Carlo, de origen italiano, que llega a Las Palmas, procedente de Marsella, como agente comercial de algunas firmas inglesas de las que operaban en el puerto. La integración del abuelo de don Agustín en la burguesía comercial es rápida, hasta el punto de ser miembro fundador de uno de los centros de mayor influencia en la vida local, el Círculo Mercantil.

En el plano político, caracteriza la época que nos ocupa el leonismo, interpretación personal del partido liberal canario, hegemónico, nexo entre el poder central y los poderes locales, expresión de una clase política representante de la burguesía mercantil o profesional y dependiente de los grandes terratenientes, de los caciques.

De esa burguesía se extrajo el escasísimo grupo de intelectuales canarios, agrupados en torno a El Museo Canario, al que Millares Cantero denomina “generación de 1868”, que incorpora, tardíamente y gracias al triunfo de la libertad de expresión y de la influencia francesa, una de las realizaciones más características del pensamiento europeo decimonónico: El Nacionalismo romántico, que presenta, en todos los casos, dos etapas, la *cultural* en la que se produce la toma de conciencia del hecho diferencial que lleva a la afirmación de la realidad de la unidad o pluralidad de pueblos, y la *política*, en la que se llega a la reivindicación de la libertad de decisión frente a la organización estatal existente.

Todos los movimientos nacionalistas en su etapa inicial se caracterizan por la coincidencia en cierto tipo de rasgos, de los que los más significativos son: la utilización literaria de la lengua vernácula, la renovación filológica y, como en el caso que nos ocupa, la elaboración de una historiografía nacionalista, frecuentemente acompañada de investigaciones etnológicas destinadas a exaltar un pasado independiente cuando existió, o al menos, la pervivencia de una personalidad nacional a través de los siglos.

Pues bien, uno de los personajes más destacados de esa generación de 1868 es Millares Torres, abuelo paterno de don Agustín.

Esa generación encuentra continuidad en la siguiente, la de 1898, de la que

formaron parte los hermanos Millares, padre y tío de don Agustín. Dará paso a una tercera o mejor tercer espacio generacional, en expresión de Tierno Galván, del que forma parte don Agustín, junto a figuras como Negrín, Blas Cabrera, Tomás Morales o Claudio de la Torre.

Transcurre, pues, la niñez y adolescencia de don Agustín en un ambiente familiar en el que ocupa puesto principalísimo la cultura en todas sus manifestaciones: el amor a la música que siempre profesará, especialmente a Verdi; a la poesía, de la que no sólo será lector, sino también creador con desigual acierto en sus años de juventud; al teatro, la narrativa...

De sus mayores hereda el amor a la tierra que le vio nacer y es una constante a lo largo de toda su vida la dedicación a los estudios referentes a las islas, contribuyendo decisivamente al conocimiento de los hechos que se sucedieron durante o inmediatamente después de la presencia castellana, y facilitando, en fin, a otros la difusión de sus trabajos a través de El Museo Canario, que en varias etapas animó y dirigió.

De sus mayores hereda también una conciencia política que le lleva a responsabilizar tanto al Rey como a una Iglesia, entregada a la oligarquía, del retraso económico y cultural de las islas, abogando por un republicanismo federal como solución a esos males.

Influye también de forma decisiva en la formación de su personalidad su paso por el colegio de S. Agustín, en el que se experimentaba la renovación educativa como realización práctica del idealismo krausista, que afirmaba la autonomía moral del individuo sobre las ruinas del dogmatismo confesional que dominaba la enseñanza oficial.

Ese ambiente familiar, político y social envuelve los primeros años de la vida de don Agustín, dedicados de forma infatigable al estudio, que culminarían en 1909 con la obtención del grado de bachiller. Ha dejado ya pruebas sobradas de su capacidad intelectual, de su entrega al trabajo, de su curiosidad hacia todo hecho cultural. Su esfuerzo se ha visto siempre recompensado con unas calificaciones insuperables.

Con todo ese bagaje y una carta de presentación para Menéndez y Pelayo inicia su primer viaje a la península para proseguir su etapa de formación. Marcha con el dolor de la separación de la familia, pero también —como magníficamente ha destacado F. Castro— con todo ese conjunto de sensaciones contradictorias que el mar, el océano, produce en los insulares, hasta alcanzar en su pensamiento una dimensión mítica. El poeta y amigo de don Agustín, Tomás Morales, en su oda al Atlántico, configura un gran poema en torno al mito “adámico” de la religión judeo-cristiana, transfigurándolo en una alegorización del hombre primitivo, del que surge una fuerza “genésica”, que le lleva a la conquista del gran mar por medio de la creación de la nave.

Otro amigo de don Agustín, el pintor Néstor Martín Fernández de la Torre, realizará también un canto al océano en su “Poema del mar”, en una serie de cuadros, ajustado contrapunto plástico al poema de Morales.

Estas visiones del mar, al abrigo del mito alumbrado por esos grandes creadores canarios, conforman un proyecto itinerante, de evasión de la isla, seguramente presente en el ánimo de don Agustín.

Septiembre de 1909 marca el comienzo de sus estudios superiores en Derecho, que luego abandonará, y Filosofía y Letras, en los que obtendrá siempre las máximas calificaciones, y que culminará con los premios extraordinarios de licenciatura y doctorado y la concesión del premio Rivadeneyra.

Su afán de saber y su enorme capacidad de trabajo encuentran respuesta en una Facultad de cuyo claustro forman parte maestros excepcionales, junto a los cuales obtiene una sólida formación.

En la entrevista que mantuvo en México con Rafael Heliodoro Valle, don Agustín recordaba sobre todos a don Cayo Ortega, profesor de Bibliografía, a don Ramón Menéndez Pidal, a don Américo Castro y, sobre todos, a don Enrique Sons.

Sus respectivas especialidades se corresponden con las áreas de conocimiento a las que dedicaría su esfuerzo intelectual.

Pero no sólo en las aulas de S. Bernardo, también en los anaqueles de la biblioteca del Ateneo, a la que acudía regularmente, don Agustín buscaba las últimas novedades editoriales, con las que satisfacer su inmensa curiosidad intelectual. A la vez iba conformando su propia biblioteca, que llegó a sumar 8.000 volúmenes en el momento de abandonar Madrid.

En sus años de estudiante, don Agustín se ganó la admiración y el reconocimiento de sus compañeros y profesores, por lo que recibirá de éstos el apoyo y la orientación necesarios en sus primeros pasos de ejercicio profesional.

Su primer éxito en este campo lo obtiene al ganar por oposición la cátedra de profesor de latín del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Tiene 21 años. Sus amigos y maestros comparten con él ese éxito. Ahí están, entre otros, Jorge Guillén, Américo Castro, Sánchez Albornoz, José M.^a de Cossío, Calvo Sotelo, Julio Cejador, Fernández Ardavín y, cómo no, sus amigos canarios de Madrid: sus compañeros de colegio Bosch Millares, Claudio y Néstor de la Torre, Franchy y Roca...

Por cierto que el discurso pronunciado por don Agustín en esa ocasión parece escrito para los momentos de reforma de planes de estudios —como los actuales—, en los que el latín está siendo relegado y hasta excluido en la formación de historiadores, claro que, como oportunamente recuerda don Agustín del personaje moratiniano, los mentores de la reforma no saben latín y, por consiguiente, están dispensados de tener sentido común.

La finalización de los estudios universitarios abre un período de incertidumbres tanto en el camino a seguir en cuanto a investigación como en la opción profesional. Se siente preparado y atraído hacía diversas parcelas del saber y serán las circunstancias las que decidan por él como, en cierta medida, va a ser la tónica de su vida futura.

Aspira a la auxiliaría que dejaría vacante don Américo Castro, tras su

acceso a la cátedra. Hay un intento de vuelta a su tierra como catedrático interino de latín del Instituto General y Técnico de Las Palmas, que se frustra al ser reclamado por don Cayo Ortega para que le supla en la cátedra.

Compagina estos trabajos con su incorporación al Instituto-Escuela, dirigido por Menéndez Pidal y creado bajo los auspicios de la Institución Libre de Enseñanza.

Hay que destacar de este período la decepción que le supone su no admisión a las oposiciones a la cátedra de Lengua y Literatura latinas de Barcelona, aunque de haberla obtenido quizá hubiese padecido el mismo desarraigo que experimentó cuando logró la cátedra de Paleografía de Granada. Y es que don Agustín, además de encontrarse plenamente integrado en todo el movimiento de renovación cultural, encontraba en Madrid los medios necesarios para llevar adelante sus investigaciones. Y algo más: en Madrid vivía Paula, con la que mantiene un apasionado romance, no bien visto por la familia, que terminará en boda.

La obtención de la plaza de conservador del Archivo Municipal de Madrid, en 1923, señala el inicio de la etapa más plena y enriquecedora en la vida intelectual y personal de don Agustín. Un período que se cierra en julio de 1938 con la muerte de Paula, su esposa.

Quince años vividos vertiginosamente, como vertiginosa es la vida del país en ese tramo histórico. En esos años don Agustín despliega una gran actividad docente, fundamentalmente en España, pero también en Argentina y Francia.

En Madrid se reclama su magisterio en los centros docentes de mayor prestigio: desde la cátedra de latín del Ateneo, el Instituto Escuela, dirigido por Menéndez Pidal, la residencia de Estudiantes y la cátedra universitaria, don Agustín consolida su enorme prestigio y despierta la admiración de sus alumnos por la claridad expositiva, por la integración de teoría y práctica, que es la base de su pedagogía, por el dominio de las materias que imparte, pero también por su talante humano, por su entusiasmo contagioso, por su capacidad de diálogo. don Agustín nos ofrece a todos la lección de que no existen disciplinas áridas o poco atractivas para el alumnado, lo que muchas veces es un escudo para justificar una escasa preparación o, lo que es peor, una falta de vocación hacia la dedicación docente.

Encontramos hoy colegas que buscan ese atractivo otorgándoles títulos pomposos y vacíos, cuando no aberrantes desde el punto de vista científico, a nuestras disciplinas, a la vez que sustituyen sus contenidos tradicionales por unas teorizaciones, o especulaciones diría yo, de escasa significación.

De don Agustín debiéramos aprender todos que nuestras disciplinas ocuparán el lugar que les corresponde en el conjunto de las ciencias históricas y filológicas en la medida en que seamos fieles y rigurosos con los fines y los métodos de las mismas.

Extiende su magisterio don Agustín en estos años a América, en concreto a Argentina, al ser nombrado en 1924 director del Instituto de Filología de Buenos

Aires, en sustitución de Américo Castro. El Instituto, patrocinado por la Junta para la Ampliación de Estudios, dentro de la Institución Cultural Española, había sido creado en 1914 en Buenos Aires. En los nueve meses que permanece en Argentina multiplica sus actividades docentes en el campo de la filología clásica, la archivística, la paleografía, participa en numerosas actividades sociales y, sobre todo, deja sembrada la semilla de la investigación en sus alumnos.

En plena guerra, viaja varias veces a Francia no sólo para completar datos de sus investigaciones, sino también para impartir docencia en “L’Ecole des Chartes”.

Desde el punto de vista de la investigación, el período que analizamos podríamos calificarlo como el de plenitud. En esta época están fechadas la mayoría de sus principales aportaciones a la Paleografía, la Diplomática, la Archivística, los estudios dedicados a Canarias, la Bibliografía, la Filología clásica... No me voy a detener en ello, pues su análisis y valoración están siendo el objeto de este Congreso y nada podría añadir yo a la voz de tan renombrados y reconocidos especialistas. Simplemente una reflexión para enlazarla con lo que decía anteriormente sobre la docencia, y que afecta a la esencia misma del quehacer universitario: don Agustín es un excelente profesor porque es un excepcional investigador y es un excelente investigador porque busca la respuesta a las preguntas que el aula le suscita. Asegura el doctor Moreiro que la estancia del maestro en Argentina le hizo tomar conciencia de sus propias lagunas y carencias, y decide no publicar en unos años, para dedicarse al estudio. Una nueva lección para cuantos tenemos por profesión y vocación la Universidad.

La personalidad de don Agustín está muy lejos de la imagen tópica del erudito, que vive aislado entre los libros, ensimismado y preocupado exclusivamente en el estudio y la investigación. Le ocupa y preocupa cuanto ocurre a su alrededor, por lo que participa activamente en el intenso debate político desde una posición cuyas raíces hay que buscarlas en la tradición familiar.

En efecto, y como ya apuntamos al principio de la intervención, don Agustín es educado en un ambiente familiar liberal y observa en sus mayores un fuerte espíritu crítico hacia la monarquía, el sistema de la Restauración, la Iglesia, el Ejército... Estas ideas de su abuelo, heredadas por su padre y transmitidas a don Agustín, se ven fortalecidas por la influencia que sobre él ejerce Franchy y Roca. La época de estudiante, pero sobre todo los ambientes que frecuenta —Universidad, Ateneo, Residencia de Estudiantes, Centro de Estudios Históricos—, afianzan su ideología y su actitud crítica hacia las insuficiencias políticas y sociales del régimen bipartidista de turno, por lo que no se ve otra salida a la situación que un cambio de régimen o ir hacia una revisión profunda institucional. Cada vez son más numerosas las voces que reclaman ese cambio de rumbo.

El año en que obtiene la licenciatura don Agustín, 1913, es el año en que Ortega en el Teatro de la Comedia lanza la idea de crear una liga de Educación política, que congrega y atrae a muchas de las mejores figuras intelectuales del momento, como Azaña, Marañón, Madariaga, Fernando de los Ríos, Pablo de

Azcárate, Américo Castro, Zulueta, Luis Araquistáin... Conforman unas decenas de nombres que comparecían en la vida cultural del país haciendo profesión de fe política y social. Una generación de grandes espíritus, creadores y recreadores de una mentalidad más capaz, científica y moderna que las generaciones precedentes; discípulos y seguidores, en su mayoría, de las tesis elitistas de la Institución Libre de Enseñanza. Sin embargo, en ese grupo se distingue una doble óptica ante el ascenso de las masas, lo que comportaría opciones políticas distintas una vez en el poder. La república lo pondrá de manifiesto. Así, mientras Ortega preconizaba una alianza con el sector conservador para mantener la República, Azaña llegaba al convencimiento de que la alianza con las masas populares era igualmente imprescindible.

Dos concepciones antagónicas del liberalismo cultural derivaban en dos concepciones diferenciadas del liberalismo político.

Don Agustín conocía a Azaña desde su época de estudiante como socio del Ateneo y con él se identifica, integrándose en las formaciones políticas que crea, aun cuando no se decidiese nunca a intervenir directamente en política, renunciando a ser diputado. Milita, pues, en Acción Republicana, junto a Giral, Ruiz Funes, Augusto Barcia, su amigo Sánchez Albornoz y otros muchos intelectuales para quienes resultaba muy atractiva la opción azañista, como también lo era para una gran proporción de las clases medias urbanas.

El doctor Moreiro apunta como causa de su no intervención directa en la política, el fuerte atractivo que para él tenían docencia e investigación. Cabría también pensar en una cierta decepción ante el rumbo de los acontecimientos, sobre todo a partir de 1933, cansado de esperar unas reformas de fondo que no acababan de llegar.

La derrota electoral de ese año cosechada por el partido de Azaña, quizá le lleven a una mayor concentración en sus actividades docentes e investigadoras, que encuentran el reconocimiento al ser elegido académico de la Historia.

Don Agustín no renunció nunca a sus ideas políticas, hasta el punto de refundar el Partido Republicano Federal, tras la muerte de Franco, y con casi 85 años. Partido que, integrado en la coalición Unión del Pueblo Canario, ganó las elecciones municipales de 1979.

Estalla la guerra civil. Don Agustín permanece hasta finales de año en Madrid pero, a la vista de los acontecimientos, decide abandonarlo con el pretexto de llevar a cabo una serie de trabajos en Francia. Instala a su familia en Hendaya, mientras él realiza sus trabajos en bibliotecas y archivos franceses, a la vez que imparte cursos en "L'Ecole des Chartes", lo que alterna con viajes a Valencia y Barcelona, a cuyos claustros queda provisionalmente incorporado.

Al mismo tiempo, colabora en la Junta Delegada en París para la Expansión de la Cultura Española en el Extranjero.

A la lógica búsqueda de mayor seguridad física para su familia, uniría, quizá, don Agustín una cierta desilusión por las tendencias al extremismo político durante la guerra, compartida con muchos de los intelectuales comprometidos

en un principio con el ideal republicano, lo que alentaría el deseo de apartarse de la política de tiempo de guerra.

Algunos de estos intelectuales asumen funciones de propaganda en el exterior. Es el caso de don Agustín, perfecto conocedor, por otra parte, de la lengua de Molière. El rumbo de los acontecimientos provoca una cierta inquietud por la eventualidad de una derrota y por la presumible suerte de los vencidos. Ante ello se inician conversaciones, se crean organismos y se designan personas para llevar a cabo las acciones necesarias para preparar la emigración en caso de derrota.

Negrín, en octubre del 37, encarga a Juan Simeón Vidarte la delicada tarea de entrevistarse con el presidente mexicano Lázaro Cárdenas para conocer hasta qué punto llegaría la ayuda mexicana. El presidente Cárdenas le aseguró que los republicanos españoles encontrarían en México una segunda patria... podrían ejercer sus profesiones como si hubieran obtenido los títulos en sus universidades y la universidad mexicana se honraría abriendo sus puertas a los catedráticos que por amor a la libertad y la independencia de su país les fuese imposible vivir en España.

Negrín, amigo y paisano de don Agustín, buscó la colaboración de éste en todas esas actividades, nombrándole miembro del servicio de Evacuación de Republicanos españoles, que dirigía Bibiano Osorio, el SERE y, posteriormente vicecónsul en México.

Este nombramiento significa la incorporación de don Agustín a la España peregrina. Junto a su cuñada y sus hijos embarca en el Havre, “con España presente en el recuerdo, con México presente en la esperanza”, como tan admirablemente cantó el poeta Pedro Garfias al avistar Veracruz.

¡Cuántas cosas quedaban atrás!, ¡cuántas cosas vivas ya para siempre en el recuerdo! Atrás las cátedras, tan brillantemente obtenidas y con tanto esfuerzo; atrás proyectos y proyectos de investigación, que ya no podría abordar; atrás su casa, sus libros, sus amigos, los rincones de tertulia; y el peso del dolor de la derrota de los ideales por los que luchó y por encima de todo, la soledad íntima e infinita de la muerte de Paula...

Don Agustín, una víctima más de las miles y miles de uno y otro bando de aquella espantosa experiencia histórica, que trajo para más de medio millón de españoles, además del horror de los combates, las penalidades de la experiencia de la huida a través de las fronteras para aspirar a la libertad que se les negaba dentro de su patria. Para muchos, el camino fue corto, y de Francia regresaron en los primeros años a una España que ya no reconocían como suya. Algunos prologaron su lucha en nuevos escenarios bélicos. Los menos afortunados cayeron víctimas de la violencia, del hambre, de las penalidades de los campos de refugiados del sur de Francia, o de las atrocidades de los campos de exterminio nazis. Los menos, y quizá los más favorecidos para aquella situación, consiguieron llegar a la seguridad de las tierras americanas.

Don Agustín desembarcó en Nueva York y de allí, por tierra, se dirigió a

México. las cosas, al principio, no fueron fáciles. Y es que los transterrados, si bien tuvieron todo el apoyo del Gobierno y de importantes intelectuales, la simpatía de otros sectores no fue tan clara.

Encontraron reticencias los trabajadores asilados, pues los sindicatos mejicanos vieron en ellos una competencia para los escasos puestos de trabajo existentes en una década de crisis y depresión económica como la que padecía México. Las encontraron los profesionales en quienes algunos vieron una competencia desleal y, como en el caso de la Universidad, los profesores mexicanos llegaban hasta la indignación al ver que los españoles ocupaban los mejores puestos e incluso gozaban de sueldos superiores.

Tampoco la actitud de los grupos políticos es unánime: para la vieja derecha católica y sinarquista aquellos rojos reavivarían la discordia sembrada por los mexicanos revolucionarios.

Tampoco hubo mucha simpatía por parte de los antiguos residentes españoles, los “gachupines”, que en su mayoría se habían sentido contrarios a la causa republicana. Paradójica, en cambio, fue la actitud de algunas élites criollas cuya hispanofilia militante, en oposición a los principios indigenistas de la revolución, hacía que vieran a los españoles recién llegados con cierta simpatía racial y cultural. A su vez, los grupos más nacionalistas, que habían surgido de la revolución con una militancia reivindicadora de los orígenes prehispánicos, a menudo blandían el recuerdo de la espada de los conquistadores como una nueva forma de etnofobia contra los recién llegados.

Por tanto, se comprende fácilmente que, al principio, nada fue sencillo al llegar a un México tan hispánico, pero tan poco español. Entre los españoles cundía un juego de palabras: “En México, o te aclimatas o te aclimueres”. La inmensa mayoría se aclimataron, y muestran un agradecimiento infinito a México como magníficamente sintetizan los versos de Díaz-Canedo:

“Lo que una vez me arrebató la vida. Pan, trabajo, y hogar, tú me lo has dado”. O estas impresionantes palabras de Rejano:

*Si escribo gratitud, si escribo amor,
sólo ofrezco unos signos. Signos. Nada. [...]
Lo más profundo siempre está en el nombre:
México, Cárdenas.*

Hablan los poetas de esa inmensa mayoría que convirtió el destierro en morada, al encontrar asiento en una tierra que dejó de serles ajena, en ese proceso íntimo en que cada desterrado fue sintiéndose transterrado, en que cada uno dejó de pensar, como el poeta, que lo grave de morir en tierra extraña es que mueres en otro, no en ti mismo, y comenzó a mirar al nuevo país como una generosa cornucopia de la cual formar parte íntima.

Si es mucho lo que recibieron del país de acogida, mucho es también lo que los transterrados dieron a esos países, especialmente a México.

Un puñado de hombres excepcionales llevaron a México la canción de que habla León Felipe. Canción en sentido amplísimo, entendida como la energía producida por la vibración del espíritu y la inteligencia libre:

“Franco, tuya es la hacienda, la casa, el caballo y la pistola. Mía es la voz antigua de la tierra. Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo... mas yo te dejo mudo... ¡Mudo! ¿Y cómo vas a recoger el trigo y a alimentar el fuego si yo me llevo la canción?”

Un grupo de españoles que aportaron un enorme bagaje cultural, que se puso al servicio de las repúblicas americanas, especialmente México. Pertenecían todos ellos con amplitud generacional a esa Edad de Plata de la cultura española que floreció al principio del siglo XX hasta los días de la guerra civil. América heredó así uno de los grupos de pensadores más aptos, el más brillante sin duda alguna desde el siglo de Oro. Nombres como los de José Gaos, Américo Castro, Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz, Josef Carner, Jiménez de Asúa, García Bacca, María Zambrano, Eugenio Imaz, José Prats, Luis Buñuel, Paulino Masip, Ferrater Mora, Sender, Ayala, J. R. Jiménez, Alberti, Jorge Guillén, Salinas, Altolaquirre, Emilio Prados, Rejano, Rosa Chacel, Garfias, León Felipe... y, por supuesto don Agustín, que une su nombre nuevamente a las figuras más rutilantes de la cultura de nuestro siglo.

En México permanecerá de forma estable desde 1939 hasta 1959. Esta etapa mexicana de su vida resulta asombrosa por lo que supone de capacidad de superación: su tesón y voluntad admirables le hacen sobreponerse a las adversidades y encontrar el ánimo suficiente para reemprender el camino con ilusión renovada, haciendo del trabajo el medio para hacer frente a los recuerdos que torturan su alma.

Desde el primer momento colabora en España Peregrina, órgano de expresión de la Junta de Cultura Española, que se proponía reanimar los quehaceres de quienes habían abandonado la cátedra, el gabinete o la obra inconclusa en España.

Forma parte de la “Unión de Profesores Españoles en el Extranjero”, creada con la finalidad de mantener el contacto profesional entre la dispersa comunidad académica. Don Agustín colabora en su Boletín Informativo; como también lo haría en la revista “Las Españas”.

La actividad docente es intensísima, y hasta agobiante.

Daniel Cossío Villegas concibió la idea de crear la Casa de España, que se hizo realidad en el 38, con la llegada de los primeros invitados. La Casa de España se concibió como un centro de investigación y estudio para acoger a los transterrados que, al mismo tiempo, impartirían cátedras en diversas instituciones de educación superior del país. Un lugar de encuentro entre pensadores mexicanos y españoles. Pronto la Casa de España se transformó en Colegio de México. La cuidada selección del profesorado, que llevaron a cabo Cossío y Arturo Reyes,

hizo posible que el Colegio llegara a ser una de las instituciones de mayor prestigio en el mundo académico de habla hispana. Don Agustín se incorpora a su claustro al llegar a México.

Forma parte también del profesorado del “Luis Vives”, colegio fundado para los hijos de los exiliados, con el objetivo en que éstos mantuvieran vivo el recuerdo de sus raíces, pues, pensaban que el regreso a la patria sería pronto y en la esperanza de que sus hijos se reintegraran a la sociedad española sin traumas. Con iguales fines se fundó la Academia Hispano-Mexicana, de la que también es profesor.

Pero la labor docente más continuada e importante la desarrolla en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, en la que explica las materias de sus cátedras madrileñas: Paleografía, Latín...

Para procurarse un sueldo digno debió multiplicarse, pues hasta 1951, no logró ser nombrado profesor a tiempo completo.

Las materias de su especialidad habían tenido un escaso desarrollo en América, por lo que el impulso que reciben de don Agustín es extraordinario, no sólo por su labor docente, sino también de su actividad publicista: reedita o elabora de nuevo manuales de sintaxis latina, elabora antologías, edita a los clásicos. Su claridad expositiva y la experiencia de tantos años de docencia garantizan el éxito de sus obras entre las escolares de los diversos niveles educativos. Igual fortuna tiene su Album, de Paleografía, del que nos hablará la doctora Sanz. Su erudición le permite también acercar a los estudiantes el conocimiento de la Literatura, tanto clásica, como española y universal, en manuales que se hacen clásicos en los centros de enseñanza mexicanos y de otros países de América.

A esta literatura de subsistencia, que le sirve para allegar fondos a sus escasos ingresos como docente, se añade una labor de investigación, que mereció el reconocimiento del continente, simbolizado en el premio Fray Junípero Serra. En efecto, la labor americanista de don Agustín Millares Carlo sólo admite parangón con la realizada en otros campos por Altamira o Nicolau D’Olwer, según asegura Juan Comas. Esta labor ha sido destacada y magníficamente sintetizada por el doctor Moreiro y en estos días quedará también de manifiesto.

Las ediciones de obras de Fray Bartolomé de las Casas, de Pedro Mártir de Anglería, de Palacios Rubios, de Matías Paz; los prólogos a la Biblioteca Mexicana de Eguira y Eguren y las leyes nuevas de Indias; sus ensayos sobre la historia de la imprenta en México y sobre bibliografía y bibliófilos mexicanos, especialmente la puesta al día de la extraordinaria *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta; sus estudios sobre Cervantes de Salazar; su contribución al Diccionario Enciclopédico UTEHA; su incursión en los archivos de protocolos... hablan por sí mismos de su espléndida labor y de la generosidad de su espíritu, que supo devolver con creces a México, lo mucho que de México recibió en el plano profesional.

A pesar de todo, en el plano personal no se siente excesivamente cómodo. Se siente agobiado entre tanto compromiso editorial, el ambiente de la Universidad

no le atrae y, por si fuera poco, empieza a sentir que su segundo matrimonio no le ha traído la deseada paz emocional. El tiempo le hace más vivos los recuerdos de España e intenta inútilmente el regreso.

Las circunstancias decidirán de nuevo su destino.

La Reche le habla del proyecto de abrir la Facultad de Humanidades en la Universidad venezolana del Zulia y le ofrece la posibilidad de incorporarse a ella como profesor. Don Agustín acepta. Corría el año 1959 y a sus 66 años inició una nueva etapa en su vida profesional y personal.

En México quedan sus hijos y, por largas temporadas, también su esposa. Pues bien, a pesar de la edad y de esas circunstancias personales desgraciadas, los quince años de actividad académica e investigadora en el Zulia van a llenar una nueva página admirable de la biografía, ya densísima, de don Agustín.

Conocemos bastante bien la estancia de don Agustín en Venezuela gracias al acierto de su antiguo alumno, Lino Vaz Araujo, que tuvo la idea de publicar los testimonios de adhesión al nombramiento de “doctor honoris causa” del maestro, precedidos de una breve biografía, y de la reseña de trabajos.

En la Universidad del Zulia don Agustín se sintió cómodo y vio reconocida su labor. Se veía así liberado de la presión que sentía en los últimos años de vida mexicana, y esto le llevó a desarrollar una actividad inusual para un hombre de su edad.

El griego, el latín y la filología románicas conforman su función docente, que compagina con la dirección de la Biblioteca General. Ahí —como seguramente destacará el doctor Riesco— actúa con un criterio plenamente actual de la profesión bibliotecaria. Además de llevar a cabo profundas reformas de funcionamiento y enriquecer sus fondos mediante la actualización de los mismos, se preocupa de la formación de bibliotecarios. Y otra constante de la vida de don Agustín: allá por donde va y organismo al que pertenece, crea y dirige revistas y boletines para difundir sus actividades. Lo hizo cuando fue archivero-bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid y lo hizo en Maracaibo. En todos los casos hay que destacar la entrega a estas tareas que, en algunos casos, alcanzaba a todas las actividades: desde el diseño y la corrección de pruebas a la elaboración por él mismo de la mayoría de las secciones de esas revistas o los artículos que publicó.

La labor investigadora correspondiente a estos años zulianos atiende a varios frentes: sigue la publicación de manuales, monografías destinadas a los estudiantes, que vienen a completar otros ingresos.

Completa trabajos ya iniciados o comprometidos durante su estancia en México.

Sus frecuentes viajes a Madrid y Canarias le permiten retomar viejos proyectos alimentados antes del destierro y, cómo no, contribuye con su pluma, al mejor conocimiento de la tierra de acogida.

Prueba de ello es su aportación a la difusión y conocimiento de la obra de Baralt: como coordinador especial de la revista, como editor de sus obras completas y como estudioso de muchos aspectos de su vida y obra.

A todo ello une una serie de trabajos sobre archivos de protocolos venezolanos, estudios bibliográficos, entre los que destaca el dedicado a León Pinelo, estudios sobre la imprenta en Venezuela. En fin, como siempre, don Agustín retribuye con creces la deferencia de haberle acogido.

Paralelamente a esa intensa labor profesional, su vida personal se ve sometida a vaivenes difícilmente soportables para alguien que no tuviera la talla moral y la fuerza interior de don Agustín. Y es que la vida aún le tenía reservadas algunas pruebas, la más dura de todas, la trágica muerte de su hija Rosa, pero también el fracaso de su matrimonio y los intentos frustrados de regreso a España.

La reposición en la cátedra madrileña, en el archivo municipal, en la Academia de la Historia son satisfacciones morales que no pueden compensar su tragedia personal, los proyectos frustados, la pérdida de los seres queridos, el desarraigo de tantos años.

1975 marca el inicio de la última etapa. Vuelve a la tierra que le vio nacer con motivo del homenaje que le tributaron sus paisanos. Su cuerpo está cansado, pero su espíritu tiene el mismo ánimo emprendedor de siempre. Coordina el Plan Cultural, busca becas y ayudas para concluir los trabajos que la distancia americana impidió culminar y, como un principiante, acepta la tutoría de Paleografía de este Centro canario de la Universidad a distancia.

La vida le regala unos años para que pueda saborear el reconocimiento a su labor: homenajes, Universidades que se honran incorporándole a sus claustros con honor y quizá el que le produciría la mayor satisfacción: Hijo predilecto de las Palmas de Gran Canaria. Terminó ya.

El 8 de febrero de 1980 muere don Agustín Millares Carlo. En esos 87 años de su vida, tan rápida como torpemente recordada por mí, don Agustín había conquistado las metas que él mismo proponía como ideal a los alumnos de la 1.ª promoción de Letras de la Universidad del Zulia:

“Nihil potest homini dari melius quam gloria, et laus et aeternitas.”